

Fr. Luis de León

De los nombres de Cristo

Cordero

El nombre de CORDERO, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo. Que ¿quién no oye cada día en la misa lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista (Jo., 1, 29): *Éste es el CORDERO de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo?*

Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí toda la razón de este nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque CORDERO, pasándolo a Cristo, dice tres cosas: *mansedumbre de condición*, y *pureza e inocencia de vida*, y *satisfacción de sacrificio* y ofrenda, como San Pedro (1 Petr., 2,22-24) juntó casi en este propósito hablando de Cristo: *El que, dice, no hizo pecado ni se halló engañado en su boca; que siendo maldecido, no maldecía, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó a la cruz sobre sí nuestros pecados.* Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera. Y digamos por sí de todas tres.

Pues cuanto a lo primero, CORDERO dice *mansedumbre*, y esto se nos viene a los ojos luego que oímos CORDERO, y con ello la mucha razón con que de Cristo se dice, por el extremo de mansedumbre que tiene, así *en el trato* como *en el sufrimiento*, así en lo que por nosotros sufrió como en lo que cada día nos sufre.

Del trato Isaías (42, 4) decía: *No será bullicioso ni inquieto ni cansador de alboroto.* Y Él de sí mismo (Mt., 11, 29): *Aprended de mí, que soy manso y de corazón humilde.* Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron a Él por gozarle, cuando vivió nuestra vida: con los humildes, humilde; con los más despreciados y más bajos, más amoroso; y con los pecadores que se conocían, dulcísimo. La mansedumbre de este CORDERO salvó a la mujer adúltera, que la Ley condenaba (Jo., 8); y cuando se la puso en su presencia la malicia de los fariseos y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasión para absolverla del faltarle acusador, pudiendo sólo Él ser acusador y juez y testigo. La misma mansedumbre admitió a la mujer pecadora (Lc., 7, 37), e hizo que se dejase tocar de una infame y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dio limpieza a los cabellos que le limpiaban sus pies. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban de ella (Lc., 18,15); y siendo quien era, dio oídos a las largas razones de la Samaritana (Jo., 4, 7); y fue causa que no desechase de sí a ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres, siendo Él quien era, y, siendo su trato de ellos tan pesado y tan impertinente como sabemos.

Mas ¿qué maravilla que no se enfadase entonces cuando vivía en el suelo, el

que ahora en el cielo, donde vive tan exento de nuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el Sacramento a vivir con nosotros? ¿Y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias y vilezas de hombres? ¿Y no hay aldea de tan pocos vecinos adonde no sea casi como uno de ellos en su iglesia nuestro CORDERO, blando, manso, sufrido a todos los estados?

Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo a algunas personas con palabras, como a San Pedro (Mc., 8, 33) una vez, y muchas a los fariseos (Mt., 23, etc.); y con las manos también, como cuando hirió con el azote a los que hacían mercado en su templo (Jo., 2, 15); mas en ninguna encendió su corazón en fiereza ni mostró semblante bravo, sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa y no desdiciendo de su gravedad afable y dulce. Que como en la divinidad, sin moverse, lo mueve todo; y sin recibir alteración, riñe y corrige; y durando en quietud y sosiego, lo castiga (2) y altera; así en la humanidad, que como más se le allega, así es la criatura que más se le parece, nunca turbó la dulzura de su ánimo manso el hacer en los otros lo que el desconcierto de sus razones o de sus obras pedía; y reprendió sin pasión y castigó sin enojo, y fue aun en el reñir un ejemplo de amor. ¿Qué dice la Esposa? (*Cant.*, 5, 16.) *Su garganta suavísima, y amable todo Él, y todas sus cosas.*

—Y aquella voz —dijo SABINO aquí—, ¿paréceos, Marcelo, que será muy amable (Mt., 25, 41): *Id., malditos de mi Padre, al fuego eterno aparejado para el demonio?*, ¿o será voz que se podrá decir sin braveza, u oír sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, ¿qué le queda para ser LEÓN, como en la Escritura (*Apoc.*, 5, 5) se dice?

—Bien decís —respondió MARCELO— .Mas en lo primero creo yo muy bien que les será muy espantable a los malos aquella tan horrible sentencia, y que el parecer ante el Juez, y el rostro y el mirar del Juez les será de increíble tormento. Mas también habéis de entender que será sin alteración de la alma de Cristo; sino que, manso en sí, bramará en los oídos de aquéllos, y dulce en sí mismo, y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos. Y a la verdad, lo que más me declara el infinito mal de la obstinación del pecado es ver que trae a la mansedumbre y al amor y a la dulzura de Cristo a términos de decir tal sentencia; y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor y que quien se hizo hombre por los hombres, y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es, ordena a su bien, los pueda apartar de sí con voz tan horrible; y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al CORDERO. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos esconderles su cara, que es alzar la vista de su favor y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme a lo que decía el Profeta (*Is.*, 64, 7): *Escondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;* aquí el celo del castigo merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia.

Y a lo segundo del LEÓN, que Sabino, dijisteis, habéis de entender que como Cristo lo es, no contradice, antes se compadece bien con él ser para con nosotros CORDERO. Porque llámase Cristo y es LEÓN por lo que a nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende a los suyos. Que en lo primero, para librarnos de sus manos, les quitó el mando y derrocóles de su tiranía usurpada, y asolóles los templos, e hizo que los blasfemasen los que poco antes los adoraban y servían, y bajó a sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles y sacóles mil prisioneros, y entonces y ahora y siempre se les muestra fiero y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que (1) mira San Juan para llamarle LEÓN, cuando dice (Apoc., 5, 5): *Venció el león de Judá. Y en lo segundo, así como nadie se atreve a sacar de las uñas del león lo que prende, así no es poderoso ninguno a quitarle a Cristo de su mano los suyos: tanta es la fuerza de su firme querer* (Jo., 10, 28). *Mis ovejas, dice Él, ninguno me las sacará de las manos. E Isaías (31, 4), en el mismo propósito: Porque dice el Señor: así como cuando brama el león y el cachorro del león sobre su presa, no teme para dejarla; si le sobreviene multitud de pastores, a sus voces no teme ni a su muchedumbre se espanta; así el Señor descenderá y peleará sobre el monte de Sión, sobre el collado suyo.* Así que ser. Cristo LEÓN le viene de ser para nosotros amoroso y manso CORDERO; y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que nos (1) dañan, y los desama y maltrata. Y así, cuando a aquéllos no sufre, nos sufre; y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso.

Y hay algunos que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos; y otros que, si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos; mas Cristo, como en todo, así en esto perfecto CORDERO, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas también sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso, como CORDERO, dice Isaías (53, 7), *delante del que le trasquila.*

¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? ¿De qué injuria no hicieron experiencia en Él los que vivían por Él? Con palabras le trataron descomedidas, con testimonios falsísimos; pusieron sus manos sacrílegas en su divina persona; añadieron a las bofetadas azotes, y a los azotes, espinas, y a las espinas, clavos y cruz dolorosa, y como a porfía, probaron en hacerle mal sus descomulgados ingenios y fuerzas. Mas ni la injuria mudó.

(Fr. Luis de León, *De los Nombres de Cristo*, Ed. Poblet, Bs. As., 1946, pp. 582-587)